

Cuadernos del CILHA N.º 44 – 2026
Publicación continua | Ensayos
ISSN 1515-6125 | EISSN 1852-9615
CC BY-NC 4.0 international
pp.1- 4
Recibido: 15/06/2026 – Aceptado: 15/06/2026

La pista infinita

The Infinite Clue



Mónica Nepote
Creadora Independiente,
México
nepotenuza@gmail.com

Resumen

Escrito a la manera de un ensayo personal, este texto subraya la importancia de que la escritura colinda con la vida. No se escribe solamente en la soledad y en el silencio, sino que la escritura se arraiga en la colectividad, el intercambio, la amistad y la querencia.

Palabras clave: colectividad, tecnologías de la memoria, Cristina Rivera Garza, teorías de escritura

Abstract

Written in the form of a personal essay, this text underscores the importance of understanding writing as inseparable from life. Writing does not take place only in solitude and silence; rather, it is rooted in collectivity, exchange, friendship, and a sense of belonging.

Key words: collectivity, memory technologies, Cristina Rivera Garza, theories of writing

“Vivimos tiempos graves. Por eso es tan importante ahora la amistad: como trama y como estilo. La amistad, que es una forma del amor, se desdobra poco a poco, requiere tacto y enjundia, complicidad, cuidado”.

A Cristina, desde luego, pero también a Carla por los coros de Sevilla.

La imagen surge de un haz de luz, del reflejo en un objeto singular: una esfera suspendida en el techo, cubierta de pequeños espejos minuciosamente cortados y pegados por toda la superficie. La esfera propicia el efecto multicolor, acentuando los rojos, los amarillos... Después vendrá la música, los diálogos entrecortados, el coro de voces superpuestas, las risas y el choque de los vasos.

¿Cómo hablar de la amistad que me entrelaza con Cristina y otras amigas en una red que empezó a fraguarse en los años noventa? Hace apenas unas semanas, en ese ejercicio del presente que es el *scroll* en una red social, encontré la foto de un fanzine de Librenauta, una artista de software libre y de interfaces tanto digitales como analógicas. Su publicación dio pie para compartir unas cuantas palabras en audios y textos. Hablaba de las tecnologías de la memoria, de los objetos-tótem, los

objetos-máquina del tiempo, los cuales son precisamente eso: objetos que al tacto detonan un viaje.

Así...

Una esfera de discoteca es mi salvoconducto.

En este viaje por el tiempo y lo vivido aparecen, claro, las luces y los vasos colmados, pero sobre todo la alegría de los cuerpos que bailan y brincan en una pista improvisada. Un grupo nutrido de mujeres, en su mayoría, como en un cardumen, se aproximan, se siguen, se separan. El aire compartido sostiene esa coreografía porque ese cuerpo colectivo se comunica sin palabras, bajo un código de especie, en la propiocepción compartida. Bailar es un gesto primigenio, lo sabemos. Cualquier sala era, potencialmente, un salón de baile.

Las sillas han sido retiradas, los sillones dejaron de ser indispensables. El aparato de sonido es el centro simbólico del sentido de

la noche porque sí, en efecto, hemos compartido conversaciones y risas hasta altas horas de la madrugada, en un ambiente de altos decibeles.

Hemos tejido nuestros pasos y brazos, moviendo las caderas, las sonrisas, coreando a voz en cuello canciones que, digamos, en otros momentos habríamos definido como “impresentables” pero que ahora suscribimos entre risas y guiños, porque este terreno lo hemos ganado de a poco: el derecho a ser felices en “la pista”, sudorosas, con canciones populares, sin reparo ni vergüenza. Podemos hablar de esos coros interpretados erróneamente, cambiando palabras, porque la memoria nos hizo trampa o quizá resaltamos el azoro al descubrir que entonamos sin fallar una canción que no sabíamos que sabíamos. Unimos el canto, el giro del cuerpo, la alegría del círculo compuesto por amigas, amiguxs... algunas ahora más distantes, otras sostenidas en el rito del reencuentro.

Tengo muy claro el momento en el que conocí a Cristina: fue un fin de semana en un lugar apartado del estado de Hidalgo, México, sede de un encuentro de jóvenes creadores. Cumplíamos con ese requisito, éramos becarixs, menores de 35 años; algunxs empezábamos nuestras carreras, otrxs ya habían publicado varios libros o ganado un premio. La muchacha sería que prefirió no salir esa noche para quedarse a leer un libro no tiene nada que ver con la Cristina que, en un segundo momento, se convirtió en una amiga querida, una colega en las lecturas de poesía y una incitadora a la fiesta y el convivio.

No tengo clara la fecha en la que nuestra amistad se volvió un continuo estado de avispada alerta. Un jolgorio, un acto colectivo. Cada vez que Cristina llegaba a la ciudad donde habito, la Ciudad de México, era un suceso compartido con alegría grupal, en una mesa grande, nutrida de personas de diversa, y a veces, curiosa procedencia. Reunidas por el poder de

convocatoria de Cristina, nos enlazábamos en conversaciones, dejándonos llevar por la risa, la comida y la más simple alegría de estar ahí, juntxs, bajo esa especie de labor curatorial involuntaria —o no— de nuestra amiga.

¿Cuánta escritura se fragua en las pistas de baile? Me he preguntado muchas veces, leyendo a mis compañeras con quien hemos fiesteado a lo largo de las décadas. ¿Qué tanto de nuestros textos fueron volviéndose cuerpo del lenguaje signado también por esa capacidad de nuestros propios cuerpos al bailar? “Pies haciendo tierra” es una de las notas que tengo siempre presente en la vida y la escritura; la importancia de hacer tierra como aprendí en las prácticas somáticas en las que me he formado. Ahora puedo ver que, en esas reuniones improvisadas, hacíamos tierra para nuestras palabras, sembrando y sacudiendo los nutrientes de ese material edafológico, ese suelo nutricio en el que hacíamos parcelas para la escritura, porque esta no solo es código alfanumérico sino también escucha, ritmo, colectividad, osadía, flexibilidad, sorpresa.

Me resulta fácil —en el sentido común, casi cotidiano de lo tan conocido— volver a la frase que aprendí de la cineasta oaxaqueña Luna Marán: “la fiesta también es resistencia”. En esas noches compartidas, nos negábamos a ser formales, bailábamos para explorar la potencia de ser una pequeña comunidad que buscaba sentido y acuerpamiento a sus deseos de otros mundos, otros órdenes, otras estéticas, algo que no fuera el canon. Lo sabíamos, lo intuíamos y lo explorábamos también.

En varios pasajes de novelas y cuentos de Rivera Garza, están estos sedimentos: la complicidad de las amigas desafiando lo dado por hecho, las aventuras, el riesgo, los viajes, las comidas compartidas, los diálogos, el estar presente en la escucha de un momento vibrante, rico y sustancioso. Momentos en los que la algarabía, pese a

todo, pese a la violencia, nos sostiene y nos transmite. Quizá por eso la queremos tanto, porque en esa dimensión de la literatura permea la vida de quienes bailamos hasta ver el amanecer, hasta vernos otra vez los

rostros ante un caldo humeante, sabiendo que eso que compartimos nos sostiene en esa antiquísima práctica de la amistad; la amistad como una fuerza que nos arraiga a la tierra.